

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 29 DE ENERO DE 1922

NÚM. 19.654

CUENTOS
ESPAÑOLES

LA DIOSA VENUS

POR CRISTÓBAL
DE CASTRO

Consecuencias de un motín

Las «chicas» del coro se sublevaron aquel día. El empresario, el director, el concertador, los cuatro o seis habituales, anduvieron templando gaitas hasta conseguir que ensayasen.

La indignación, justificada hasta cierto punto, se había producido por «la diosa Venus», que saldría en la apoteosis y habían traído de fuera, «como si en el teatro no hubiese chicas bien formadas».

—¡Hay que ver! Cuando si dijese una a desnudarse... Di que una tiene «lacha». Si no...

—Pues tú verás, si yo y Fermína, que hacemos «punta», vamos a consentir que se nos «postregue». ¡Miarramiaul!

—Hay que decirselo al delegado.

—Natural. Esto es cosa del Sindicato. A ver si nos van a atropellar así como así...

—No os canseis, chicas. Esa «Venus» nos «pisa» la apoteosis. No es que sea más guapa, porque eso, vamos. ¡Que te crees tú eso, pero que no es eso! Es que ella es señorita. Se viste mejor que nosotras. Había más idiomas que un «cicerón». Y tiene d'aquí (por la frente) lo que nosotras no tenemos.

—¿Eres tú su administradora?

—¡Ni la conozco! ¡Tú verás. Pero, la verdad por delante. Esa, en poco de pisar tablas, debuta de primera tiple. Y si no, al tiempo. ¿No ves que el padre fué senador? ¿Que s'ha educado en las Ursulinas o en el Sacré Coeur? ¿Que, además de bonita y vestirse bien, tiene un señor que la da cuanto le pide?

En esto, el delegado. Le rodearon, como siempre. Como siempre, venía renegando de todo y de todos. Enterado de la jugarreta, protestó. Lo que allí sobraban eran mujeres estupidas. Estaba la Fermína; estaba la Antoñita; estaban Mercedes, Amelia, María Luisa... todas.

Le ovacionaron. ¡Habría pillito! ¡Qué bien sabía engatusarla! ¡el ladrón!

Se entrevistó con el empresario. Era ya valor convenido. Asumía la representación de los coros «de ambos sexos». Iba siempre «a cara de perro». Luego, el empresario cedía—en aquello que menos le importaba, ¡claro!—, y el delegado, ausentemente, cobraba el servicio.

Tratando de la apoteosis y de «la diosa Venus», el empresario dijo que era un compromiso terrible.

—No lo puedo desatender, Garcerán. Es nada menos que el dueño del teatro, ¿sabe? ¿No hace su recomendada de Venus? ¡Me lo quita! ¡Sé que me lo quita! ¡Es la hija!

Garcerán, más listo que el aire, se hizo cargo de la cuestión. El empresario debía saber que si le dejaban colgado los

coros, allí concluía la temporada. Insinuó un arreglo.

—Que debute esa chica con la Venus; que haga dos o tres días el papel, y luego alterne con la Fermína, la Antoñita, la Amelia...

Tenía la sartén por el mango. Sabía

que iban al pelo», habló con «la nueva» en su casa.

Es decir, como hablar no habló. Penetró en el lindo gabinete, la vió, y quedó sin habla. ¡Qué criatura, señor! ¡Qué divinidad! ¿Cómo había podido pensar que la Antoñita, la Fermína y la Ame-

sin dominador. Era «muy simpático»; pero también «muy hombre».

Se halló frente a una niña voluntariosa, novelesca, absurda. Cabecita destornillada, ávida de aventuras, sedienta de audacias y peligros. Una de esas mujeres, de tipo delicado y apariencias distinguidas, que falsifican el buen gusto, encubriendo, bajo el pabellón elegante, la averiada mercancía de una absoluta vulgaridad.

Recién salida del colegio, dió bajo el peligroso poder de una tía suya, arruinada y sin escrúpulos. Un buen día encontró el «protector»: el rudo y viejo contratista Quintanar. Y desde entonces fué tirana.

Con la servidumbre de Quintanar desquitóse de todas las humillaciones y de todas las privaciones. Fué derrochadora, estrambótica, cruel, con la crueldad pueril de todos los poderes impunes y todos los espíritus irresponsables. La llamaban «la diosa Venus». Y ella se parecía por el mote.

Un hombre como Garcerán no necesitaba más que esto. Tiró de labia; hizo los aspavientos «gran moda» que jamás, jamás le fallaron. Aludió osadamente a Quintanar. Puso los coros «de ambos sexos» a los pies de «la diosa Venus». Y, en fin de cuentas, haciéndose el rendido, acertó a rendirla.

Un vulgar tropo nos resume tan repentina y pintoresca alianza. El potro que, al sentir la espuela, corre desenfrenadamente, hasta el vértigo. «La diosa Venus», aguijoneada por Garcerán, lanzóse locamente a la aventura. Despidió a Quintanar. Formó compañía (Garcerán, por supuesto, de director, y ella de «primera tiple absoluta»). Desató frecuentemente sus cóleras con empresarios, músicos y danzantes. Se hizo célebre por su extravagancia y terquedad. Hasta que, sin dinero, fatigada, desencantada, desapareció como un meteoro, arrastrando en su cola a Garcerán.

Segundo acto de la misma; pero con decorado pobre y continuas furiosas grescas. Un cuarto de diez duros. Ella, esgrimiendo el nombre de Quintanar como una apoteosis de su sacrificio. El, malvestido, acoquinado, sin atreverse a aparecer por las tertulias. Y en esto, una niña, como una estrella caída de los cielos...

La sensibilidad del padre se despertó en los primeros días. El mujeriego, con su hija en brazos, la cantaba todos los repertorios con el indispensable «pitipín», mientras «la diosa Venus», cólerica, renegaba de un hombre inútil, entretenido en «pitipines», cuando lo que hacían falta eran dineros. Entonces, hostigado, desentumecía su carácter; iba al

— EL PAISAJE FRANCÉS DEL SIGLO XVIII —



LA FUENTE INAGOTABLE. — PINTURA DE JOSÉ VERNET. — GRABADO DE LE BAS

que «la nueva», encaprichada por salir de Venus, aflojaría la bolsa de su amigo. Sabía que el dueño del teatro, hostigado por el amigo de «la nueva», apretaría al empresario más que un dolor. Y sabía que el empresario, compelido energicamente por el dueño, también aflojaría la bolsa. Recapacitó para aprovecharlo todo. Y, después de hablar con el empresario y decir a los coros que «habían comenzado las negociaciones y

lia alternasen con una belleza así, tan fina, tan aristocrática?

—Pase usted. Siéntese, siéntese. Ahí... Donde le plazca. ¡Ay, hijo! Pero ¿qué le ocurre?

No necesitó más Garcerán. Gran mujeriego, tenía el arte soberano de alentar vanidades y el difícil oportunismo de aprovechar las ocasiones. Avaloraba su simpatía personal con cierta gravedad energética, muy del gusto de las mujeres

espejo, se aviaba un poco, y salía «a lo que Dios quisiera». Regresaba desalentado, con un par de duros. «La diosa Venus», tercamente, desconocía su abnegación, sus humillaciones. Comían en silencio. La criaturita despertaba, llora que te llora. Ambos, amargados, distraídos, ñ dejaban llorar largo tiempo.

Aquello no era vida. Una tarde entró Garcerán, resuelto:

—Me voy a provincias...

—Por mí...

—Tres duros y viajes pagados. Un adelanto de cien pesetas. Toma cincuenta...

—¿Y yo? ¿Y tu hija?

—Viviré con un duro y os enviaré cada quincena lo demás... Tú podrás trabajar dentro de un mes, supongo.

—Yo no vuelvo a pisar las tablas así me muera de hambre. No quiero más gentuza.

—Está bien.

—Naturalmente que está bien.

La corazonada

Releyó, espantado, el anuncio.

«Felipe: Mañana cumple dos años tu hijita.—Diosa Venus.»

¿Era, efectivamente, un mal padre? Durante cinco meses, con puntualidad, enviaba lo que podía. Después, no pudo. Materialmente no pudo. Dios y él sabían que no pudo.

Vivió a la rebatía, casi sin comer, sabiendo, con la misma camisa una semana, con las mismas hirsutas barbas un mes.

Después, las olas escénicas lo traían y lo llevaban, dándole bandazos contra la taquilla, aguantando semanas ¡con un sueldo!, empeñando hasta la respiración. Hoy, vagando en las Ramblas de Barcelona; mañana, contemplando, muerto de hambre y sueño, los Campos Elíseos, en Lérida; paseando, con la única americana rota y las manos en los bolsillos, buscando una recacha en la playa del Sardinero.

De cuando en cuando, una punzada le hería el corazón y una llama encendía el pensamiento. ¡Su niña! Entonces, el fiscal y el defensor, que, según Voltaire, se disputan eternamente al hombre, disputaban dentro de Garcerán, mitad por ejercicio espiritual y mitad por entretener el hambre, como los sofistas de Terencio.

Cierto que su hija y la madre de su hija estaban en Madrid, amargadas de la indigencia. Pero él no era casado. Podía, como tantos, ¡como tantísimos!, echarse el alma atrás, desentenderse de la hija y de la madre, nadar sin esa impedimenta, arribar a puerto.

Lo hacían muchos, ¡muchos! Y no sólo no los castigaba la ley, sino que no los castigaba su conciencia.

Vivían tranquilos. Dormían tranquilos. ¿Por qué se atormentaba él?

Pero ¿qué se inquietaba, soltero y libre como era? Hombres casados, con obligación jurada y escrita, ¿no abandonan mujeres e hijos, sin que las leyes ni los hombres les pidan cuentas?

Con estos ergotismos, íbase inmunizando contra lo que él mismo llamaba «epidemia sentimental». Y así como el borracho «ahoga sus penas en vino» y el enfermo acalla el dolor con la morfina, este borracho de falacias, morfínmano de casuismos, aplacaba el remordimiento paternal con inyecciones de soltería. Después de todo, él no era casado...

Inmunizado de esta suerte, afirmó su anormalidad sentimental con la social. Y fué algún tiempo «tirador» del treinta y cuarenta en el Liceo. Hasta que le llegó la «racha», y en un Jesús convirvióse en «el punto de cuidado», sensacional en todo Círculo de «postín».

Fué una tarde de mayo, tibia, clara, espléndida de sol y mujerío. Garcerán, remetiéndose los puños postizos, se contempló con disimulo en un escaparate. Menos mal que estaba afeitado, y la cor-

bata azul, regalo de su antiguo maestro de coros, Aguilera, le daba cierta liechura de «llegado de América». Un poco menos vergonzante, encaminóse al «Lion». Ocupó un puesto en la terraza y pidió «masagrán».

—Ahí dentro tiene usted a don Julio, señor Garcerán.

—¿Qué don Julio?

—Don Julio, el malagueño. Me encargó que si viniese usted, le avise. ¿Le aviso?

—Naturaca, hombre.

Llegó a poco don Julio, meneando su personilla de viejo acicalado, pinturero y juerguista.

—¿Dónde se meterá este hombre? ¡Dezde anoche buzcándole a usted! ¡Una corazonada! Usted no creará en los zueños. Pamplinas, ¿no?

—Según, don Julio.

—Para mí zon el Evangelio. Bueno, puez lo que zon las cozas. Ahora mizmo noz vamo al Liceo. Y ahora mizmo va usted a jugarze quinienta pezetita a «la muerte».

—¿Don Julio, yo?

—Quinienta pezetita; véaze la claze. Un zueño. ¡Una corazonada! ¿Que las pierde usted? ¡Tar día hizo un año! ¿Que levanta usted los nueve mil duro? Zeis mi! pa mí y trez mil para Garcerán. Y a viví...

Garcerán alegó que no podía. En su calidad de «tirador» le estaba terminantemente prohibido.

—Ya comprenderá usted, don Julio, que quien pierde soy yo. Pero me es de todo punto imposible. Los «tiradores» no podemos.

—Puez hay que podé.

—Usted verá. Me cuesta el puesto.

Meditó el viejecillo. Luego, con gesto inapelable, preguntó:

—¿Qué le dan a usted en el Liceo?

—Tres duros diarios.

—Puez andando se quita el frío. Yo corro con el zueldo de usted. ¡Hemos terminado, Garcerán! ¡Nada, nada! Yo corro

con los trez duro. Bébase el «masagrán», y al Liceo.

Entraron. Garcerán, como de costumbre, fué al cuadro de turnos. Faltaba para el suyo media hora. Don Julio lo arrastró a la sala.

Había comenzado la partida con poca gente. Garcerán, coaccionado por don Julio, tiró el billete de a quinientas.

—Entero, donde marca.

Sensación. Los jugadores, estupefactos, no sabían qué decir. Los «tiradores», menos. El «vocal de recreo» se dirigió, amenazador, a Garcerán:

—Usted es empleado de la casa, y...

Intervino, altivo, don Julio.

—El señor no es empleado de la casa. Era, era..., que no es lo mismo.

El pobre Garcerán temblaba. Todo aquello le parecía sueño. ¡Un «dos velas» jugándose cien duros! Hostigado por el vejete, dijo:

—Ese billete, entero, donde marca.

Luego cerró los ojos, como quien se dispara un tiro o se arroja por el Vía-ducto...

La racha

¡La racha! Allí estaba la racha. No fueron los nueve mil duros, porque el vejete, prudentísimo, se conformó con los cuatro mil. Pero al salir, entre aterido y loco de alegría, Garcerán apretaba contra su pecho, en la cartera, tres mil pesetas, como tres mil soles...

Pero aquel día, cumpleaños de su hijita, era otro hombre. ¿Qué le pasaba? Un hormiguillo, un hormiguillo. A las diez, casi lleno el «auto» de paquetes—bazares, confiterías, perfumerías, hasta joyerías visitó y revolvió con una emoción nueva—, dió las señas, no sin remordimiento. ¡Meses y meses sin asomar por su casa! Claro que no estaba casado y que muchos casados abandonan sus hijos, etc., etc.

El hormiguillo iba aumentando. Cuan-

do llegó al primer piso, era temblor. En el tercero, al sonar la campanilla, sintió que se le doblaban las piernas.

—¿Quién es?—dijeron por el ventanillo.

—Soy yo, Felipe.

—¿Qué Felipe?

No supo qué decir. Se caía. Se moría. ¿Qué era aquello? ¿Se habría confundido de piso? Pero, no. ¡Si lo sabría él! La misma casa. El mismo portal. La misma escalera. La misma puerta. Hasta los mismos desconchados. Hasta los garabatos con lápiz: «Biba la Gulliana» «Sólo velmontista».

Su pensamiento quería evadirse, aco- sado por miedos crueles, como una res por la jauría. Entonces se aferró a una dulce hipótesis. Aquel «¿Qué Felipe?» era de la «Venus». No era su voz, porque la había disfrazado a propósito. Más tranquilo, volvió a llamar.

—¿Otra vez?—dijo alguien, con malas pulgas. Y pasos chancletosos se acercaron al ventanillo.

Garcerán, descorazonado, no tuvo fuerzas para hablar. Jamás había latido el corazón con tal violencia. Abrumado por los remordimientos, un sudor frío perlábale las anchas sienes.

—¿Quién es?—volviéronle a decir.

Otra vez la esperanza de una broma de «la diosa Venus» le prestó ánimos.

—Soy yo, Felipe.

—Aquí no conocemos a ningún Felipe.

¿Viene usted de parte de alguien?

—Pero, ¿no vive aquí doña Clotilde Gálvez?

—Vamos, hombre. Por ahí debió empezar y no hacerme venir dos veces...

Gimió con toda su desdicha:

—Me hace el favor... ¿Las señas de doña Clotilde?...

—¿Se cree usted que soy yo el «Bailliy-Bailliere»? Pregunte a la portera, que para eso está. ¡Nos ha amolao!

Descendió lentamente, anonadado... Ya todo era irremediable. Una última lucecilla, sin embargo. ¿Y la portera? La portera seguramente lo sabría. ¿A qué presagiar nada? A lo mejor tenía un recado para él...

La portera estaba sola. El patio, solo... Penetró en la carpintería del piso bajo...

—¿La portera, me hace el favor?

—Pues esa es la cuestión. Que... mos. Oye, Celes. Allégate en un... al bar... Como también tié el puesto de cerillas del bar..., ¿sabe usted?... Pues es talmente una viciversa. Va y viene. Viene y va. ¿No toma usted asiento?

—Muchas gracias.

A poco, la portera. Viendo a Garcerán, comprendió en seguida.

—¡Ay! ¡El señorito Felipe! ¿Y qué tal vamos?

—Así, así. ¿Las señas de la señorita? ¿Recuerda usted?

Negó con la cabeza. Al rato, entre mohines, exclamó insegura:

—No sé si dijo que embarcaba a Buenos Aires o al Brasil. A uno de esos dos sitios. Aquí vino por ella un señor muy rico, en su auto. Por supuesto que usted lo sabrá mejor que yo. Que hombres generosos habrá, pero como ese...

—¿Te refieres al tío del anuncio?—interrumpió el carpintero—. Nosotros le llamemos así de buena manera. ¡No vaya usted a figurarse!... ¡Usted verá si le tendré simpatías! ¡Me dió cinco duros por llevar un anuncio a EL IMPARCIAL!...

Garcerán se mordió los labios, cerró los ojos, sintió las angustias del mareo. Pero al instante se repuso, sonrió, dió unas monedas y subió al auto tan tranquilo.

Cuando sonó lejos la bocina, preguntó el carpintero a la portera:

—Oye, tú: ¿Qué guisao es éste?

—El guisao es el otro. Este es el que se lo comía...

—Rediez, Paulina. Eres la Benaventura de Chamberí...

Cristóbal de CASTRO

ANTOLOGÍA VERLENIANA

— CANCIONES PARA ELLA —

Compañera amable y ardiente
de mi vida, yo te bendigo.
Yo me entrego a ti plenamente
mi solo, mi postrer testigo.
Ven aquí, que quiero besarte,
y quiero abrazarte tan fuerte,
que ya no puedas separarte
de mis brazos hasta la muerte.

Amame,
porque hoy
yo sin ti
nada soy.

Yo llevo un tabardo harapiento,
tus diez dedos son tu fortuna;
en nuestra yacija enira el viento
y nos nutre el claro de luna.
Pero en el lecho aventurero
siempre hay fiestas de juventud,
y yo soy el rey placentero
de tu beldad, de tu salud

Amame,
porque hoy
yo sin ti
nada soy.

Tras las noches de amor robusto
renazco con más gallardía;
tu halago es siempre franco y justo
y colma mi grata ardientia.
Tu pasión me da valentía,
igual que un vino generoso,
y sabe tu franca alegría
inflamar mi pecho amoroso.

Amame,
porque hoy
yo sin ti
nada soy.

¿Qué importa, hermosa, tu pasado,
y qué importa el mío también!
Yo siempre fielmente te amado;
tú no me has hecho sino bien.
Nuestras dos miserias juntemos;
siempre besarme bien procura;
día y noche nos amaremos,
y ¡al cuerno el mundo que murmura!

Amame,
porque hoy
yo sin ti
nada soy.

Emilio CARRERE

EN EL CENTENARIO DE GUSTAVO FLAUBERT

EL FARO VERDE DE UNA CASITA BLANCA

Dos marineros tripulan la barcaza. La noche es oscura. Se desliza el Sena mansamente.

—¡Ya estamos!—dice uno de los marineros—. ¡Cómo luce el faro verde del hijo del cirujano!

—Sí... Croisset...

Este faro verde, que orientaba a los barqueros del Sena, del que tanto se decía en Ruan, alumbraba el estudio de Gustavo Flaubert. Pipas, tabaqueras, plumas de oca, divanes a la oriental, un oso dormido como alfombra y, además de la mesa escritorio, otra central, que presidía un Buda misterioso y contemplativo... Esto se veía en la habitación del maestro.

Ese faro verde de una casita normanda, alumbró pronto en París. Hoy luce en todo el mundo. Hace cien años nació Flaubert. Compuso nueve libros en treinta años. Al pie de su mesa de trabajo cayó Flaubert, fulminado por la apoplejía un día de mayo de 1880. Murió con su pluma de oca en la mano.

«Señor, dame una casa sencilla y alegre, al borde de un río caudaloso. Que la circunden unos tilos; que tenga yo unos libros en esa casa... Y un cariño de madre o de hermana.» Este ideal lo vivía el maestro. Pero a la casa vinieron amigos, gente curiosa. Ruido de escándalo conmovió a Ruan. Flaubert había ultrajado —¿o retratado?— las costumbres. El fiscal Pinard le acusaba ante los Tribunales del Imperio. Muy audaz era el hombre del faro. ¿Como que había publicado una novela: *Madame Bovary*? ¿Qué representaba ese libro? Oigamos a un indígena del París de la época: «Las vulgares ignominias de la vida cotidiana, la necesidad del hombre, el envilecimiento de la mujer, la irreligión risiblemente grosera, toda clase de tipos burlescos, estudiados con una precisión científica...»

Barbey D'Aureville, Baudelaire, y con cierta reserva, Sainte-Beuve, le elogiaron. Aquí están los analistas de hoy. Y leemos en Faguet: «Su estilo no le era natural»; Gilbert dirá luego que *Madame Bovary* es una falsa obra maestra; «novela que obtuvo un éxito de escándalo», insinuará Souday; Luis de Robert concluirá: «Flaubert escribía mal». ¿No ha

dicho Anatole France que trabajaba su estilo como un buey?

Absuelto fué Flaubert. «¡Pero que yo no le encuentre más por malos caminos!»—le dice el procurador imperial.

Con fruición leía el maestro tales apre-

impersonalidad—aparecen hoy armoniosas y claras. Se reflejó—apartemos su *Correspondance*, su *Education sentimentale*, su *Douard*—hasta en libros como *Salambo*, la *Tentation de Saint Antoine*, *Madame Bovary*... ¿No dijo él en

letras. De orden moral es el ejemplo que nos brinda. «Tuvo el mérito, para mí muy raro, de ser bueno»—dijo de él Víctor-Hugo. Bondad es inteligencia. Retratando a su siglo, sintética pintura, de enorme valor de Arte, vengó Flaubert al Ideal.

¡Bello proyecto los que el maestro acariciaba!... Los Goncourt hablan en su *Diario* de lo que aún pensaba escribir Flaubert... No quería dar a la estampa su *Bouvard et Pecuchet* hasta 1881. Luego, escribiría varios cuentos. Estudiar después el proceso de tres familias en Ruan, desde antes de la revolución hasta el segundo imperio. Haría también otra novela bajo el segundo imperio. Advierta el lector que Zola pretendió realizar—recuérdense los *Rougon-Macquart*—La canalla—estos proyectos de Flaubert. Algo, por fin, para cuya documentación iría a Grecia. «Me obsesiona mi batalla de las Termópilas». «Será ese libro como una *Marsellesa* para todos los pueblos».

Convirtiéndose la casa de Flaubert en una fábrica de productos químicos; luego, de papel. El año 1905, por suscripción pública, adquirieron los ruaneses el terreno donde otrora estuvo el pabellón y lucía el faro verde del cenobita de Croisset. Y se formó el Museo flaubertiano. Brianc lo inauguró en 1906.

Estando en Egipto, escribía el maestro: «Allá lejos, al borde de un río más dulce y menos antiguo, tengo en alguna parte una casita blanca»...

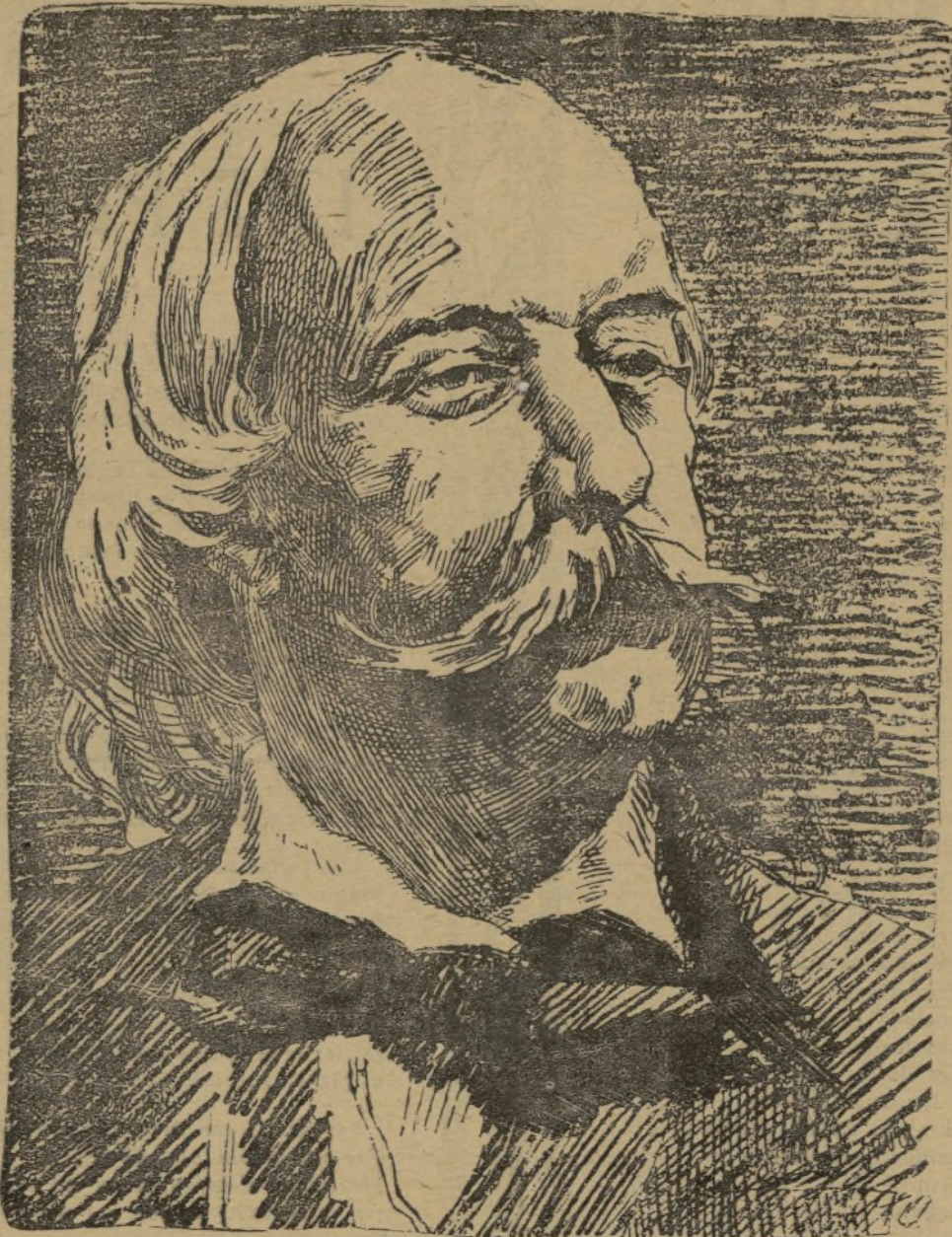
Amó—diganlo cartas como las escritas a la Princesa Matilde, a Luisa Collet, amiga de Víctor Cousin, de Musset, de Karz.

Sufrió—lo prueban otras cartas de íntima y penosa confesión: «... jamás podría, con el producto de mis obras, devolver a los míos la fortuna que me legaron...»

Trabajó como paciente anacoreta, queriendo pasar inadvertido.

Y acaso por eso el faro verde de Flaubert es hoy universal. ¡Oh! ¡Quién tuviera, como tuvo el maestro, una casita blanca, al borde de un río, a las puertas de una ciudad, lejos y tan cerca de los hombres!...

Francisco de LLORCA



RETRATO DE GUSTAVO FLAUBERT, GRABADO POR OUVÉE PARA LA EDICIÓN DEL CENTENARIO

ciaciones. «Yo creo que no me aluden»—decía. Andando el tiempo, añadió: «He sido en extremo incomprendido». ¿Lo sigue siendo el autor de *Bouvard et Pecuchet*?

Estas dos anécdotas, que nos narra su íntimo amigo Bouilhet, pintan el carácter de Flaubert:

«Una vez—nadie se atrevía a interrumpirle mientras trabajaba—gritaba así desde su escritorio a su hermana:

—¡El mugido de esa vaca! ¡Haz que se calle! ¡Convéncela!»

«Estuvimos siguiendo a Balzac toda una tarde al través de las calles de Ruan. Flaubert le admiraba tanto, que no se atrevió a hablarle.»

A ningún escritor se le ha podido estudiar tan en detalle. Ahí están los *Recuerdos literarios*, de Máximo Du Camp; el *Diario*, de los Goncourt, el testimonio fiel de amigos, como Daudet, Zola, Maupassant... No quiso el maestro sino que perdurara su obra. Su obra y su vida—no obstante su criterio de objetividad e

cierta ocasión: «el espíritu de Emma Bovary, su inquietud y su anhelo, son los míos?»

Viajó por el Oriente. Huía del dolor y el desencanto, de las miserias y pequeñas traiciones, de la mujer y el amor. Se distrajo aportando documentos para futuros libros. Lo lee y observa todo. Trae de sus andanzas notas, descripciones, sensaciones de ambientes, momentos del paisaje, diseños... Evoca en la historia y explora en la leyenda. Su anhelo de perfección, su curiosidad, son infinitos. De «prodigioso artista e inmenso intelectual» le califica Souday.

Con la relación que en amenas charlas hizo de sus viajes, ¿cuántos libros no hubieran podido componerse? «Es un ebanista—dice de él Alejandro Dumas—que abate todo un bosque para hacer un armario.» «Alejandro Dumas me place y es mi amigo; pero no le sigo cuando visita subterráneos y lleva tras de sí a doscientos mil lectores—contesta el maestro.»

Fué Flaubert un santo de las buenas

Ayuntamiento de Madrid



ILUSTRACIÓN DE A. LOMBARD PARA LA RECIENTE EDICIÓN DE «SALAMBÓ»



ILUSTRACIÓN DE OIRIEUD PARA «LA TENTACIÓN DE SAN ANTONIO»

Los poetas

FLORONES

«Montilla»

Llameando su fuego cristalino
sobre tu piel de mármol bronceado,
arde en la copa de cristal el vino
de rubio terciopelo amontillado.

Un choque de jinetas y paveses
tiembla en las rojas ánforas labradas,
y hay románticos potros cordobeses
y negras soleares desgarradas...

Cantan las viñas verdes en el viento,
y todo tiene un hondo sentimiento...
La uva caliente, pródiga y morena

la sangre de Jesús va derramando...
(Y hay que llorar y que reír gustando
el vino del amor y de la pena...)

Realidad

Pisas los finos mármoles, y queda
un perfume de rosas en el suelo,
presos tus pies en el cordón de seda
de tu crépida azul de terciopelo.

Guarda tu desnudez veladamente
la blanca tunicela diamantina,
y muestra tu costado decadente
su fina curvatura bizantina...

Bájo el temblor de los estores llega
toda la sensual fragancia griega
que derrama el agraz en los viñedos...

Y ciñen los anillos cortesanos,
en los panales rubios de tus manos,
las diez rubias abejas de tus dedos.

Pedro IGLESIAS CABALLERO

LAS PENAS.

Merecidas siempre, hijas del exceso,
en el corazón florecen las penas.
¡Benedicid las penas cándidas y tristes,
ceniza aromada de ilusiones muertas!

Son freno ideal, la brida irrompible
que hace a nuestros pasos no dejar la senda
sencilla y humilde. ¿Dónde caminará
nuestro ciego instinto brutal sin las penas?

El placer hastía. El éxito cansa.
En el poderío la ambición se engendra.
¡La ambición, formidable tormento!
¡La ambición, colosal bagátela!

La pena es cauterio, es caricia, es cuna.
¡Qué insonora y gárrula la vida sin ella!
No es feliz quien nunca sintió en sus entrañas
el acariciante aguijón de una pena.

Las penas son tristes, pero son fecundas
Matan el orgullo, matan la soberbia.
Fruto del desorden, madres de la dicha,
maternal regazo, luz que nos despierta,

emoción que nos hace infantiles,
talismán de las grandes ideas,
misteriosas musas que inspiran, suaves,
el placer ingenuo de las obras buenas.

Las penas son fieles y castas esposas.
Recibidlas con aire de fiesta.
Merecidas siempre, hijas del exceso,
¡en el corazón aniden las penas!

Luis ANTON DEL OLMET

EL RENACUAJO AZUL

EN la charca de Aguamansa reinaba extraordinario entusiasmo a causa de la coronación del rey Ranicundo XV y de su casamiento con la princesa Raniliana.

Juntito a la yerba se sirvió un succulento banquete de moscas y lombrices, con salsa de hojas secas, y en él tomaron parte, además de todos los aguamanses, ranas, ranos, peces, etc., los sapos habitantes del vecino reino de Sapolandia.

Las ranas coquetearon descaradamente con ellos, riéndose a más no poder de los peces de colores, los cuales, siempre prosaicos y glotones, se dedicaron principalmente a engullir la mayor cantidad de manjares posible.

Pasó algún tiempo. Ranicundo XV y Raniliana gobernaban Aguamansa con sabiduría y dulzura, cuando ocurrió algo terrible, y ello fué que SS. MM. tuvieron un hijo, un renacuajo, al que se le impuso el nombre de Ranunculin; pero este renacuajo... ¡era azul!

¡Vióse jamás nada más absurdo y más deplorable! ¡Un renacuajo azul! Algo así como una ballena que naciese con plumas o un canario que tuviese voz de temor, sencillamente.

Los habitantes de Aguamansa se sublevaron y declararon que jamás consentirían ellos en ser gobernados por un príncipe que no fuese verde, color que corresponde a todo renacuajo bien nacido; una revolución estuvo a punto de estallar.

Ranicundo XV, asustado, se apresuró a reunir el consejo de ministros, y el fallo de la ilustre asamblea fué rotundo e inapelable: para tranquilidad de Aguamansa y rehabilitación de la corona era menester el sacrificio del desdichado Ranunculin; a la primera lluvia, el príncipe sería fusilado y sus ancas vendidas en la plaza más cercana a esos seres voraces que se llaman hombres.

El pueblo entero acató este fallo, y el rey no tuvo más remedio que someterse; pero Raniliana era rana antes que reina, y madre antes que rana; ella no podía consentir el sacrificio de su adorado renacuajo por muy azul que éste fuese.

Y una noche, cuando todo dormía en Aguamansa, cogió a Ranunculin en las patas, lo llevó sobre el césped, a una gran distancia, por lo menos dos o tres metros, y lo depositó bajo un árbol.

Allí le dió algunos consejos, llenos de cariño maternal; le suspiró un tierno ¡cloac!, ¡cloac!, y se volvió luego a la charca de Aguamansa, donde su ausencia no había sido advertida.

El pobre Ranunculin, muy triste, y llevando al hombro un talego con una provisión de mosquitos y otros insectos que le dejó su previsora mamá, echó a andar.

Así llegó a un estanque y quedó deslumbrado. ¡Qué grande y qué hermoso era aquello! ¡Qué diferencia con su charca natal! Ranunculin se zambulló en el agua clara y empezó a corretear alegre-

mente entre los nenúfares. Pero río bien los habitantes del estanque le vieron, empezaron a dar gritos de sorpresa y a mofarse de él con grandes risotadas burlonas.

El pobre renacuajo azul, cohibido, desesperado, asustado y a punto de llorar, se apresuró a salir del agua, perseguido por las burrias más despiadadas.

Al llegar al césped, oyó un gemido, y vió una anguila medio asfixiada que pugnaba en vano por volver al agua. Nadie le hacía caso. Decididamente los habitantes de aquel hermoso estanque eran muy egoístas. Pero Ranunculin era bueno y servicial; con un movimiento de su cola, ¡paf!, arrojó de nuevo al agua a la anguila, que dió un grito de alegría. Luego, ¡oh sorpresa!, la anguila se transformó en una ranita preciosa, de piel más verde que las mismas esmeraldas, boca del tamaño de un buzón de correos y ojillos de oro. Se acercó a su salvador y le dijo con una voz que parecía el rechinar de una carraca (tal es el ideal de voz en las ranas):

—Me llamo Ranilinda; una vieja lamprea, algo bruja, envidiosa de mi belleza, me transformó con sus malas artes en anguila. Al salvarme la vida, cuando estaba a punto de ahogarme en la tierra, tú, generoso y azul forastero, has deshecho el encantamiento que pesaba sobre mí. Quiero demostrarte mi agradecimiento.

—¿Me vas a volver verde?—preguntó ingenuamente Ranunculin, que la contemplaba con arrobamiento.

—Eso no; ¿para qué? El color, aunque tú no lo creas, no tiene nada que ver para ser dichoso en la vida. Te voy a hacer don de tres talismanes preciosos que a mí me regaló una hada, madrina mía.

Al decir esto, le entregó un pétalo amarillo de nenúfar; un pétalo blanco de loto y una yerbecita verde, y prosiguió:

—Cuando te halles en algún trance peligroso, trágate el pétalo amarillo, y quedarás invulnerable; cuando necesites la fuerza, trágate el pétalo blanco, y tu



fuerza será cincuenta veces superior a la de un rano vulgar, y cuando desees ir a un sitio lejano y no sepas por dónde, trágate la yerbecita, y llegarás al punto que desees.

Dicho esto, se sumergió de nuevo en el agua, dejando a Ranunculin asombrado y, ¿por qué no decirlo?, completamente flechado.

El renacuajo azul siguió andando por el mundo; visitó charcas, ríos, praderas y estanques; vió toda clase de bichos y vió hombres blancos, negros, encarnados y amarillos; pero nadie, nadie era azul, lo cual resultaba irritante y desconsolador.

Y así dió la vuelta al mundo, conservando siempre intactos, acaso por provisión, acaso como recuerdo, los tres talismanes de la bella Ranilinda; y un día, cuando ya no era un renacuajo, sino todo un rano hecho y derecho, aunque seguía siendo más azul que el añil, se volvió de nuevo frente a Aguamansa, charca natal.

Mientras meditaba si le convendría no arrojarse a ella, sintió de pronto le cubrían los ojos con una hoja, que amordazaban con un puñado de mu y que le ataban con una liana y se lo vaban de allí a la fuerza.

Así que le quitaron las ligaduras y mordaza, se encontró, con gran sorpresa entre un enorme gentío de sapos fubundos, que le amenazaban con los ños cerrados, chillando y vociferando ante él se hallaba S. M. Saponio XII, de Sapolandia.

El monarca impuso silencio agitando una linda campanilla sonrosada, y dirigiéndose al prisionero, dijo con severidad implacable:

—Te hemos reconocido, príncipe Ranunculin; sin duda, enterado de la muerte de tus padres, Ranicundo XV y Raniliana, pretendes ocupar el trono de Aguamansa, estorbando así mis propósitos, que son los de unir ambos reinos bajo mi poderio. Para castigarte y quitarte del medio, te vamos a matar ahora mismo.

Ranunculin se quedó con la boca abierta; pero al ver a un enorme sapo que avanzaba hacia él con un pinchó de puerco-espín en la mano, comprendió que el momento no era para meditar, sino para obrar, y que jamás había de ser más oportuno el primer talismán de Ranilinda; se tragó el pétalo de nenúfar amarillo; al punto se volvió invisible, y mientras sus enemigos le buscaban en vano, él huyó a todo saltar hacia Aguamansa, donde se zambulló, ¡ploc!, sin más vacilaciones, recobrando en seguida la visibilidad.

En Aguamansa reinaban un desbarajuste, una rabia y una agitación de mil diablos; y era que los aguamanses abo-



recian a los sapos, y les desesperaba tener que aceptar a Saponio XII por rey. Pero ¿cómo luchar? ¿Qué podía hacer un país sin rey, con un ejército sin jefe y sin dirección?

Ranunculín no vaciló: se encaramó sobre un nenúfar, y haciendo frente al pueblo, le arengó:

—Yo me ofrezco a dirigiros contra los de Sapilundia—dijo—; yo me comprometo a daros la victoria contra el infame Saponio XII.

Al verie, los gritos de rabia y las lamentaciones se tornaron en risas y bur-las. ¡Un rano azul! ¿Qué podía hacer él? El ridículo y nada más.

Entonces Ranunculín se tragó precipitadamente el pétalo de loto, y sintió nacer en el una fuerza extraordinaria, descomunal; tanto fué así, que cogió un junco, y ante todo el pueblo, asombrado, ¡etac!, lo partió sin dificultad.

Una aclamación unánime saludó esta proeza, y como el pueblo de Aguamansa era bastante voluble, como son todos los pueblos, Ranunculín reunió en dos minutos un magnífico ejército, de más de cincuenta ranos y ranas. (En Aguamansa el servicio militar era obligatorio lo

mismo para las señoras que para los caballeros.)

Y como Ranunculín, solo, tenía tanta fuerza como sus cincuenta soldados, venció y aniquiló por completo a los sapos, haciendo prisionero al rey Saponio, asombrado y furioso.

En medio de un entusiasmo delirante, el rano azul fué nombrado rey, con el nombre de Ranunculín I. Ya rico y poderoso, podía aspirar a la mano de cualquier princesa; pero él amaba siempre a la monísima Ranilinda, y el mismo día de su coronación se tragó la hierbecita encantada, que le llevó en seguida hasta el estanque, donde, por feliz casualidad, su adorada seguía soltera.

El nuevo monarca se arrodilló humildemente ante ella y le pidió su pata y su corazón. Ranilinda no puso ninguna dificultad en concedérselos, tanto más, cuanto que era a cambio de un trono y una corona.

Se casaron; vivieron felices, y tuvieron muchos renacuajos; pero ninguno salió azul, lo cual celebro sinceramente.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI

El arte de merendar

puede definir la merienda como un pretexto que han inventado las personas que no han comido bien al medio-día para no comer tampoco bien por las

es. En ese sentido, la merienda es un pa-sis entre dos negaciones.

Las causas de la merienda son varias: merienda por hambre, por aburri-miento, por ver a la novia, por vanidad... de las razones puede ser que le con-ven a uno; pero este caso, en esta ép-o-ca de excecpticismo egoísta, es poco fre-cuente.

Lo cierto es que, por unas u otras razones, Madrid, a la hora del atardecer—y me figuro que en otras partes ocurri-rá lo propio—, no es más que un inmen-so merendero. Se engulle en los cafés, en las pastelerías, en los bares, en las salas de los teatros y en las plataformas de los tranvías. En todas partes, menos en el propio domicilio.

Porque una de las gracias de la me-rienda es esa: como todas las picardías, hay que hacerla fuera de casa. Meren-dar en casa es como coger una horra-tera en un ascensor; hay personas que no salen en todo el día a la calle mas-que para merendar.

Pero, digámoslo pronto: no todo el mundo sabe merendar. Para corregir esa ignorancia voy a permitirle dar a continuación unos livianos consejos.

Lo primero que le hace falta a todo merendón que se estime, es un compañe-ro; ponerse a merendar solo, es algo casi repugnante, y el que lo hace, más que nutrirse, parece que está planeando un crimen. Un chocolate, por ejemplo, no se debe tomar nunca solo: debe tomarse con un amigo agradable o una amigui-ta simpática, y, además, a ser posible, con picatostes.

Jamás, ¡nunca!, debe entrarse en el sitio elegido para el condumio crepuscu- lar no estando el local completamente lleno. Aunque, para que se llenen todas las mesas, haya que esperar en la puer-ta. Esto es esencial: llegar cuando no hay un sitio libre, pasear por la sala con una mirada de desdén, como diciendo: «¿Qué gente! ¡Cómo ha madrugado!», y luego esperar con cierta indolencia y de pie a que una mesa se desocupe... para tomarla por asalto, como si fuera un tranvía. Esto da idea de un carácter adocado, que va muy bien con la inquie-

tud de la época moderna y con los som-breros Cirano que usan ahora las seño-ras... ¿Que no ve usted, lector, la rela-ción? ¡Ah, pues la tiene!

Una vez en posesión de una mesa, no debe uno recoger, así como al desgaire, las sobras que el comensal anterior ha-ya podido dejar: un bizcocho, la tapa in-ferior de un sandwich, un pastelito sin cabeza, una cucharilla... A menos que sea el bolso de mano de una dama lo que haya quedado olvidado sobre la me-sa; entonces, sí; se apodera uno de él, indaga en su interior, para convencer-se de que no hay allí nada que valga dos gordas, y lo entrega despectivamente al camarero para que lo deposite en el mos-trador.

Nunca debe pedirse para merendar una sola cosa: un chocolate, un té, un refresco. No; eso era antes; ahora la me-rienda ha de ser... ¿cómo diré yo?... pro-teiforme. Un té completo, una naranja-da y jamón en dulce, unas natillas con brioches, tortells y castañas vienesas. Esto da idea de una complicación espi-ritual que no está al alcance de todo el mundo.

También es muy corriente pedir de cuando en cuando—¡nunca a diario!—una cosa de la que esté uno completa-mente seguro que no la hay en la casa. Y como hay casas muy bien surtidas, lo mejor es servirse de un camelo. Por ejemplo:

—Yo quiero un galter: a mí, camare-ro, tráigame un galter con chofis.

Si el camarero sabe su obligación, ja-más pedirá aclaraciones; irá al mostrador y, al cabo de un rato—generalmente, de un buen rato—, volverá con una cosa dentro de una copa muy alta. Uno lo prueba y hace un mohín de contrariedad.

—No. Decididamente en Madrid no sa-ben hacer el galter. ¡Aquellos tan deli-ciosos del café de París!

Esto hay que procurar que lo oiga el mayor número posible de gente; de ahí mi consejo de no sentarse nunca solo a merendar. ¿Con quién va uno a hacer estos comentarios, tan sabrosos como la merienda misma?

Siguiendo estos consejos, puedes, lec-tor, lanzarte a merendar. No dejes de hacerlo; hoy día la merienda es una fun-ción social.

Días pasados tuve yo el honor de ser invitado a almorzar en casa de una fa-

milia «bien»; el menú era selectísimo, la vajilla amplia y el cocinero un hacha. Te aseguro, lector, que me forré.

Pero la comida me la amargó un poco el hecho siguiente: cada vez que Matil-dita, la mayor de las chicas de la casa,

atacaba uno de los manjares con cierta voracidad, la madre, muy grave, le decía:

—No comas mucho, hija; recuerda que luego tienes que merendar.

Joaquín BELDA

Impresiones de un lector

«Ante el Cristo de Limpías»

No sé cómo hablar aquí de la novela de Rafael López de Haro *Ante el Cristo de Limpías*. Mi posición espiritual en cuanto al tema es bien conocida. Pero no puedo olvidar los respetos que debo a este periódico, que no comparte mis ideas en ese punto. Voy a escribir, pues, un comentario que no hiera la suscepti-bilidad de ninguno de mis lectores.

Quiero decir, por de pronto, que hay en la novela de López de Haro páginas de descripción sugestiva y brillante, un gran sentido de la cadencia del estilo y de la elección de palabras nobles y jus-tas. El tema, sin duda, es muy fecundo. Debieron pesar sobre el autor algunos precedentes abrumadores: me refiero al *Lourdes*, de Zola, a *Les foutes de Lour-des*, de Huysmans, a algunas páginas de D'Annunzio en *Il trionfo della morte*.

La intención del autor no ha sido, co-mo en Zola, evocar el poder de la gran-de y divina ilusión, consoladora de la vida, sino destacar entre las multitudes peregrinantes las almas selectas, para quienes únicamente la visión milagrosa puede florecer, como una mirada de la invisible divinidad.

Sucede, en las hondas emociones reli-giosas, algo semejante a lo que ocurre en la revelación de la belleza estética del paisaje. Sólo para el caminante digno de percibirla se abrirá esta flor. Las turbas pasarán, indiferentes, junto a ella, por-que no tienen ojos para verla. Pero... esa belleza reside íntegra en la cosa contemplada, o reside también en no-sotros mismos, en la idealización exalta-dora que le comunicamos, como un po-len sutil que la fecunde?... ¿No ponemos en las cosas, por la eficacia misma de nuestra contemplación, un prestigio ex-traño a ellas, que emana del poder poé-tico o creador latente en nosotros como un sortilegio?

No quiero ofender ninguna creencia, lo repito; mi intención está virgen de todo proselitismo. Pero creo que la cues-tión removida por el libro de López de Haro se plantea de un modo tendencio-so y sectarista. Lo interesante, en térmi-nos espirituales, puramente libres de to-do contacto, no es la objetividad de aquel milagro, el cual puede negarse con estricta sujeción al dogma y a la fe, si-no el transporte que la contemplación de la imagen produce en la sensibilidad de los fieles, por la cual *ven*, no la ima-gen misma, sino la figura inmortal que llevan en su mente, como prenda de di-vino amor. En ellos «parpadea» esa otra imagen, como acariciando a sus filiales adoradores...

Para un espíritu celoso de la pureza primitiva, capaz de sentir precisamente todo el valor inasequible y excelsó del misterio, habrá siempre en la confusión de las esencias religiosas con sus repre-sentaciones materiales un fondo de irre-verencia y el grave peligro de idolatría que motivó los anatemas mosaicos del Exodo (XX, 4, 5). Unase a ese contagio impuro la profana intrusión de los mer-caderes que expulsó Jesús, y que tan vi-vamente nos describe, junto al atrio, el mismo López de Haro.

El intento del autor es muy noble. La voz de elección que llamó a publicarnos, a pecadoras y a ladrones, y fulminó con-

tra sacerdotes y doctores, escoge de nue-vo, para la visión milagrosa, para el si-lencioso diálogo, a pecadoras y a vio-lentos, a Magdalenas y a Saulos. Un aliento místico los empuja al porvenir...

Pero el misticismo no puede nunca confundirse con las devociones materia-les y externas, porque anida en regiones más profundas y goza de la visión direc-ta. Es una fusión ideal del intelecto con el sentido, y nada tiene que ver con la infantil o popular adoración, que nece-sita formas visibles y tangibles para figurarse que siente y ve.

En cuanto a ese personaje, Carlos Rull, que es rudimentariamente una es-pecie de Pierre Froment a la inversa, me parece que bien merecía un final más acorde con la bondad y la regeneración producida en él por la sagrada crisis...

«Tartarin en Madrid»

Debo una nota al libro de Eduardo Andicoberry, *Tartarin en Madrid*, nove-la voluntariamente hiperbólica y cari-caturesca. Pertenece al género en que un protagonista incauto, a lo *Cándido*, sirve de excusa para que ante él vaya desfilando la realidad. Es curiosa en ese libro la manera cómo el autor ha com-binado con su acción fantástica figuras vivientes, bien conocidas en nuestro mun-do literario y apenas veladas a veces por pequeñas desfiguraciones de nombre, que no exigen ninguna clave hermenéu-tica.

«Un camarada más»

Cipriano Rivas Chérif nos ofrece, en la biblioteca de *La Pluma*, una novelita ti-tulada *Un camarada más*. Pero se trata de una presentación de elementos para una acción que parece ocurrir más allá del desenlace. En cuanto a la moraleja, en cierto modo antifeminista, confieso que me produce impresión desagrada-ble... Quede compensada con algunas pá-ginas de fina ironía y de justa observa-ción.

Gabriel ALOMAR

*

LIBROS RECIENTES

El doctor Eleizegui, ilustre médico, cu-yas varias y notabilísimas aptitudes le llevan a cultivar con igual maestría el arte y la ciencia, ha publicado una no-vela titulada *La tragedia del doctor Zu-gasti*, en que se manifiesta como un há-bil y concienzudo escritor.

Los personajes que intervienen en la sugestiva acción nos cautivan desde el primer momento, no sólo por la intensi-dad de su vida, sino por el estilo fácil y ameno con que están pintados.

x

El joven y notable escritor Antonio Alarcón Capilla, celebrado autor de *El santo varón*, ha publicado una nueva no-vela, titulada *El encuentro de dos almas*, que confirma su cualidad resaltante de novelista amenísimo, fiel observador y sutil psicólogo. Esta obra es un canto al amor fuerte y noble que nace de la com-penetración absoluta de las almas. Y una sátira de la sociedad que separa esas al-mas amantes con los convencionalismos

superficiales, haciendo surgir para los hijos la mansa y oculta tragedia. Su estilo es reposado, cálido y suave, dúctil al cambio de emociones, vibrante a veces y siempre sobrio.

En el libro *El encuentro de dos almas*, hay dos personajes, Alicia y Lázaro, que se destacan grandemente, y otro, Tomás, muy acabadamente pintado; y toda la novelita se lee con el encanto de un madrigal hondamente vivido y palpitante, en el que el Sr. Alarcón Capilla ha exaltado y ennoblecido el ardor y espiritualidad juveniles.

El fervoroso entusiasmo que han suscitado los libros traducidos hasta hoy al castellano de la escritora sueca Selma Lagerlöf (premio Nobel de Literatura) se acrecentará seguramente al conocerse su pequeña obra maestra *Generosidad de corazón*, que acaba de ponerse a la venta, primorosamente editada en Barcelona.

Todas las páginas del breve volumen están impregnadas de la afirmación de su título; de una amplia y sólida piedad, de una hermosura que se adentra, dulce y suave, en el alma del lector, como si toda la novela fuese una bienaventuranza.

El ave de fuego se llama una preciosa selección de cuentos para niños, de-

hida a la tierna escritora checa Bocena Nemcova, con que se ha inaugurado una notable biblioteca recreativa, inspirada en una sana doctrina y en un depurado gusto literario.

Lo mismo el texto de este primer tomo que los que han de seguirle han sido, según la Editorial Cervantes, entidad que acomete esa obra benemérita, rebucados entre lo más puro y ameno de la literatura infantil del mundo entero, para ofrecer a los pequeños lectores hispanoamericanos un educativo solaz mediante sencillos asuntos, coronados de claras moralejas.

Los tomos irán presentados con singular esmero y bajo hermosas portadas alegóricas.

Con el título de *Rumores de Zambra* ha publicado D. Francisco Trigueros Engelman un tomo de cantares, al que ha puesto prólogo Narciso Díaz de Escobar.

El encantador libro *Hacia Ispahán*, del gran Pierre Loti, ha aparecido en castellano, cuidadosamente vertido por V. Díez de Tejada, y formando un volumen preciosamente presentado.

Loti viaja por Persia y dice cuanto observan sus ojos; y es tan real y objetiva su visión de aquellas tierras, tanto las acerca al lector la gracia de su vigoroso estilo, que parecen pasar al al-

cance de la mano como un «film» de relieve.

Las bélicas instituciones y la sociedad naciente es un amplio y documentado estudio acerca de los problemas planteados a la sociedad en relación con el Ejército, como consecuencia del estado de cosas creado por la gran guerra.

Es autor del volumen D. Antonio Fernández de Rota, del Cuerpo de Estado Mayor.

Entre las novelas cortas del clasicismo ruso, ocupa un lugar principal *Asia*, salida de la pluma de Turgueniev, cuyo brillante estilo no ha sido superado en la moderna Rusia.

Asia, que viene a incorporarse a la ya rica y variada Selección de Novelas Breves, con tanto éxito publicada por la Editorial Cervantes, es acaso la mejor obra de carácter psicológico del famoso escritor, reconocido como uno de los más grandes psicólogos de Rusia, por la fuerza con que se apodera de lo más escondido del alma de sus personajes y la detallada precisión anatómica con que la muestra a los ojos del lector.

Paul Fort, el gran poeta francés, ha sido traducido recientemente al castellano en una escrupulosa selección de sus composiciones.

Su obra fuerte y multiforme, elaborada con lo más exquisito del «folk-lore» galo y lo más peregrino de los episodios de Francia, muestra a Paul Fort como el gran poeta nacional del país vecino.

La Editorial Cervantes ha publicado en un lindo tomito varias novelas breves del distinguido literato Sr. Pin y Soler, agrupadas bajo el título de *Rosa Mistica*, que es el de la primera de ellas.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Últimas novelas.

Luis Araquistain, que ha conquistado un puesto eminente en el periodismo de España y América, se nos revela ahora como un maestro en el género novelesco con *LAS COLUMNAS DE HERCULES*.

José Francés, uno de los escritores más mimados del público, cuyas novelas y cuentos circulan traducidos en diversos idiomas, ofrece *LA RAZA FLOTANTE*.

López de Saa, cuyas numerosas reediciones pregonan su éxito, que se acrecienta en cada obra nueva, acaba de publicar *GAVIOTAS Y GOLONDRINAS*.

Pídanse estas novelas en las librerías, estaciones y Yagües, Caballero de Gracia, 28.

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MANONES DE MANILA**.
SAN BERNARDO, 1.

LAMPARA

EGMAR



LA MAS RESISTENTE Y DE MENOR CONSUMO
Pídanse en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la
A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.
MADRID } Nicolás María Rivero, 8 y 10,
Plaza de las Cortes, 2.

Pedid Coñac Lion d'or



Zorros Silka desde 80 pesetas. Media seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es

LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: **PACIFICO**, 12
TELÉFONO M 17-85

ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie

Les Petits Suisse.
Fernando VI, 17



ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos.
La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS - ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281



FUENCARRAL 6 MADRID.

FOTOGRAFIA

TOLEDO 63 MADRID.

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzvil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20.—MADRID

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de **MANONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

NOVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39.—TELÉFONO M 3.714
PRECIOS ECONOMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)

CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.—VELÁZQUEZ, 40.—APARTADO 269
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar.
Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: **MANUEL MOIX GOMBAU**
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: **PEDRO MOIX GOMBAU**
Presbítero

DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS
de
Raquel Meller

—
M. Serós

—
C. Flores

—
R. Leonís

—
Bailables
modernos



DISCOS
de
Salud Ruiz

—
Ofelia
de Aragón

—
C. Ortas

—
Óperas

—
Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a

FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID

Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17

Ayala, 60

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



AGUAS DEL INCIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso

Bóveda (LUGO)

